

Isabel CRUZ DE AMENÁBAR

Arte Colonial Americano. Colección Joaquín Gandarillas Infante,

Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 2018, 304 pp.

La Pontificia Universidad Católica de Chile ha publicado un espléndido catálogo del legado de arte colonial perteneciente a la Fundación Gandarillas Infante. El volumen, lujosamente editado, ha sido comandado por la profesora Isabel Cruz de Amenábar, curadora permanente de la colección.

La colección, que incluye 639 obras de arte colonial, fue reunida pacientemente, a lo largo de su vida, por Joaquín Gandarillas (1930-2004): escultura, pintura, orfebrería y mobiliario perteneciente al barroco americano. Gandarillas, pese a no dedicarse profesionalmente al mundo del arte, pronto descubrió la fascinación que le provocaba el arte barroco, en el que fue consagrándose como auténtico experto, hasta el punto de ser nombrado en 1971 Director honorífico del Museo Colonial de San Francisco de la capital chilena. Para conservar su legado, la familia creó la Fundación Gandarillas Infante y decidió entregarlo para su custodia, exhibición y estudio científico a la Universidad Católica. Por ello, durante los meses de julio y agosto del pasado 2018 se presentó una selección de piezas en una exposición ubicada en el Museo Nacional de Bellas Artes, que cosechó una magnífica respuesta, con cerca de 70.000 visitantes.

Los textos del volumen que reseñamos (publicados en su versión castellana e inglesa) se deben a la autoría de la reconocida académica chilena Isabel Cruz de Amenábar, profesora en la Universidad de los Andes, y designada por la Fundación conservadora del legado. Se trata de una de las principales especialistas en barroco colonial andino, con numerosas publicaciones que acreditan su solvencia.

En la introducción se presenta la figura de Joaquín Gandarillas y el papel tan destacado que tuvo a la hora de revalorizar el arte colonial en Chile, marchando frente a las tendencias de moda que se decantaban por el «"buen gusto" europeizante y afrancesado» y reivindicando el barroco mestizo. La colección reunida por Gandarillas es «un reflejo de las facetas de la personalidad del coleccionista: la belleza de sus piezas; la variedad de formatos, materiales y técnicas; la singularidad del sello regional, y tantos otros que el análisis de cada obra intenta describir» (p. 16). En conjunto, se trata de una colección extraordinaria, fundamentalmente conformada por piezas de arte religioso, que pone de manifiesto una vez más la importancia que tuvo el arte para la evangelización, en este caso de los Andes, conformando una verdadera «cultura visual» con una estética marcadamente mestiza que configura una verdadera identidad artística regional andina.

Dentro del conjunto, destaca el gran contingente de piezas artísticas relacionadas con el culto mariano, pudiendo ser esta otra de las características de la colección. Por supuesto, en el repertorio iconográfico se incluyen también otras muchas piezas referidas a diversos momentos de la vida de Cristo, especialmente su nacimiento y la Pasión, así como a los santos (san José, santos fundadores, etc.). Todo ello responde perfectamente a las estrategias de promoción devocional que se llevó adelante en el seno de la Iglesia Católica después del concilio de Trento.

Probablemente, la sección más valiosa del legado sea la de pintura con una importante serie de lienzos salidos de los principales centros pictóricos del virreinato del

Perú, desde Quito y Cuzco hasta Potosí y Chuquisaca, pasando por Lima o La Paz.

Destaca por su gran número la sección de pinturas dedicada a la Virgen, las «mamáchas» cuzqueñas que representan a la Madre de Dios con unos rasgos típicamente mestizos, ricamente ataviadas y rodeadas de adornos y ofrendas, como la «Virgen del Rosario de Pomata», una obra anónima de origen cuzqueño (c. 1680-1710) de excepcional calidad y belleza, que ilustra la portada del volumen. En esta misma línea pueden señalarse otras pinturas de grandísima calidad, como la «Inmaculada Concepción Reina con el pelo enojado» (pp. 62-63), o la «Virgen con el Niño Jesús» (pp. 76-77), ambas de un seguidor de Diego Quispe Tito, ejecutadas en las décadas finales del siglo XVII.

Por su riqueza iconográfica puede mencionarse la «Sagrada Familia con Santísima Trinidad», del primer tercio del siglo XVII, y obra de un pintor cuzqueño no identificado (pp. 88-89), en la que se mezcla una interesante ingenuidad con un barroquísimo *horror vacui*. En este mismo apartado de lo curioso debe englobarse la pintura titulada «Modo de ofrecer las horas canónicas», ya del primer tercio del siglo XVIII e, igualmente, de pintor cuzqueño desconocido (p. 116).

Se completa la colección pictórica con lienzos de santos, singularmente de san José, de los ángeles, de los santos fundadores de las órdenes religiosas (san Francisco, santo Domingo, san Ignacio...), destacando por su belleza y originalidad el que lleva por título «Alegoría del triunfo de la Orden franciscana» (p. 121), salido de los pinceles de Basilio de Santa Cruz y Juan Zapaca, maestros ambos asentados en Cuzco y activos en la segunda mitad del siglo XVII.

También hay piezas de escultural verdaderamente excepcionales, como el medallón del Niño Jesús Triunfante, atribuido

a un seguidor del jesuita Bernardo Bitti (p. 134). Más popular, pero no por ello menos valiosa es la colección de nacimientos, así como la de figuras del Niño Jesús, entre las que debe mencionarse una del prodigioso Manuel Chili, Caspiscara, escultor quiteño de la segunda mitad de la centuria dieciochesca (p. 140). Importante resulta también la serie de Crucifijos, todos ellos de gran expresividad. Se incluyen, del mismo modo, algunas interesantes piezas elaboradas en piedra de huamanga.

En el capítulo de platería, fundamentalmente del siglo XVIII, se incluyen valiosas piezas, la mayor parte de las cuales procede del ámbito litúrgico: custodias, cálices, cruces procesionales, sacras, etc. Destacan algunos platos limosneros (pp. 302-303) y un par de pebeteros en forma de tórtola (pp. 206-207), así como diversas coronas y piezas ornamentales para imágenes procesionales. Dentro de esta sección puede mencionarse también el selecto catálogo de piezas de platería de uso civil, fundamentalmente doméstico, destacando a mi juicio los preciosos sahumadores en forma de ave (pp. 232-233). Se completa la colección con diversas piezas de mobiliario y de rejería.

La edición ha corrido a cargo de María Angélica Zegers. La fotografía, magnífica, es de Patricia Novoa, quien se ha recreado con gran acierto en los detalles de las piezas. Todo ello contribuye a dotar a este volumen de unas características sobresalientes: una edición de lujo para una colección magnífica con un estudio verdaderamente magistral. No debe resultar, por tanto, extraño que haya recibido el premio que otorga la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA) a la mejor publicación sobre arte del año 2018.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra